

Lecciones de democracia

LOS acontecimientos electorales de allende fronteras no encuentran mucho eco en nuestras mentalidades. No hemos llegado todavía a crear en nuestro horizonte interior el gran espacio internacional al que jurídicamente ya pertenecemos (Europa) salvo que una presión coyuntural nos fuerce a ello, como lo fue en su momento el referendun sobre la pertenencia a la OTAN. Esta tendencia a la inhibición, por explicable que parezca, permite que se nos infiltren sin crítica consecuencias políticas que posteriormente podemos padecer.

Las elecciones alemanas del pasado mes de octubre tienen para España, miembro de la UE, la significación que nace del hecho de que Alemania es hoy día el país más fuerte de Europa en cualquier sentido que se considere, y que de su política exterior va a depender el que la Europa que lentamente se construye incorpore a España como un país de ritmo económico igual a los mejores o, por el contrario, desigual (geometría variable). Asimismo, en el espectro político y electoral alemán, más diversificado y estable que el nuestro, se dibujan tendencias cuya analogía podría hallarse también en el actual momento político español.

Hay que empezar por preguntarse si el triunfo de Helmut Kohl ha sido tan precario como sus adversarios pregonan. Es cierto que pasar de una comodísima mayoría de 120 escaños

a la escasa de 10 resulta una derrota relativa, aunque parezca fuerte. Pero si el término «relativo» se aplica a una situación, hay que aplicarlo a todas las que componen ese conjunto político. Aunque en este momento se agruparan contra la Unión CDU-CSU-FDP todos los demás (331 escaños), no conseguirían la mayoría absoluta necesaria para desbancar al canciller (341). Hasta donde alcanzan las posibilidades democráticas —y no hay otras en Alemania, a Dios gracias— lo único que podría ocurrir sería que en el curso de la legislatura, el Bundesrat, o cámara alta, en la que predomina el partido socialdemócrata, consiguiera bloquear proyectos de la cámara baja que propiciaran finalmente una **Grosse Koalition**, la gran coalición entre democristianos y socialistas que ya alguna vez funcionó.

PERO detrás de las cifras y sus consecuencias, en cualquier caso interpretables, lo que nos interesa conocer es la problemática de fondo de la que se ha nutrido este momento electoral en Alemania y, de modo más general, en Europa.

1994 viene a recoger los primeros resultados prácticos de la vuelta a la normalidad, si así se puede hablar, o sea, las tendencias posteriores a la fascinación de la caída del muro de Berlín y la desintegración del bloque socialista. Este enorme acontecimiento, tan ilusoriamente deseado y repentinamente hecho realidad, destapó tremendos problemas y también insospechadas carencias, que afectaron de forma particular a Alemania. Ahora, cinco años después, aparece claramente en las urnas la decepción de algunos sectores de la antigua Alemania Oriental marcados por un fracaso vital sin remedio, el resentimiento de los perdedores de privilegios, la nostalgia disfrazada de partido político neocomunista (PDS), la persistencia del temor a la temible policía política (STASI) del anterior régimen, las tendencias neonazis (afortunadamente en declive) y la progresiva falta de imaginación del gobierno de Kohl, ya más de doce años en el poder.

No obstante, la recuperación económica ha permitido a

Helmut Kohl un relanzamiento de su prestigio personal, de su partido y, sobre todo, de las adscripciones presupuestarias a la reconstrucción subvencionada de Alemania Oriental, hasta que ésta sea capaz, en el plazo de una década, de igualarse por sus méritos a la otra Alemania. De ahí que, contra el pronóstico de hace sólo unos meses, y ante un electorado aburrido por los doce años de gobierno democristiano, Kohl y sus aliados hayan ganado las elecciones perdiendo votos, y que el SPD (partido socialdemócrata), a pesar de sus avances, sea nuevamente el perdedor, con una reiterada demostración de impotencia. Los términos «victoria» y «derrota» son, pues, relativos.

Pero esto pertenece a los asuntos internos de Alemania. Lo que ya se sale de ese ámbito es la repercusión de los criterios alemanes en la construcción de Europa. Las recientes elecciones, al dejar en el poder a la coalición derecha-liberal, robustecen la tentación alemana hacia el sagrado egoísmo nacional, que intentará resolver el problema interior a costa de quien sea. La consecuencia —si Alemania encuentra en Francia la compañía indispensable para ir a lo suyo, cosa no muy difícil— sería la acentuación del espíritu de la «geometría variable» para los países mediterráneos de la Unión Europea, que desdibujaría la estructura largo tiempo elaborada antes de Maastricht y en Maastricht. La víctima sería el conjunto de los países mediterráneos, a los que se trasvasaría menos ayuda que en la actualidad y, todavía más, algunos de los numerosos pretendientes a la Unión Europea, especialmente los países llamados del «pacto de Visegrad» (Polonia, Chekia-Eslovaquia y Hungría). No es inexorable, sin embargo, esta proyección tan negativa, que el tiempo y otros condicionamientos pueden alterar hacia mejores logros.

DENTRO de este marco general de su posible proyección europea, las elecciones alemanas presentan rasgos de mucho interés para quien, con el desapasionamiento que da la observación «desde fuera», trata de encontrar lecciones prácticas de democracia.

1. Los **electores**, en su conjunto, afinan por instinto mucho

más de lo que se podría esperar de su instrucción política. El 16 de octubre dieron la mayoría —escasa, pero mayoría— al conjunto de partidos y personas (CDU-CSÜ-FDP) que pese a sus evidentes deterioros ofrece mayor estabilidad. La recuperación económica claramente consolidada bajo el régimen democristiano ha decidido a los dudosos desde hace ya varios meses. Tan sólo hace medio año, nadie apostaba ya por Helmut Kohl. Ahora acaba de demostrar su momentánea imprescindibilidad, y el electorado alemán, poco aventurero, la ha aceptado con más o menos gusto.

2. En las **ideologías** no se da, como en los individuos, la muerte súbita. Cayó el comunismo, pareció morir, pero al margen de sus desastrosas realizaciones representaba un aliciente, una bandera salvadora para quien creyera en ella.

Por ello, no es extraño que se haya producido una reviviscencia. Quizá la mayor sorpresa de estas elecciones haya sido el aumento considerable de votos recogidos por el PDS —heredero del comunista SED—, que le otorgan en el Bundestag la visible presencia de 30 diputados. Esto significa que la idea de poder político que representaban los hijos de Honnecker dejó pasar la primera ola de odiosidad e infamia destapada tras el hundimiento del estado socialista, y ahora, apoyada por los descontentos de diverso origen, emerge de nuevo habiendo limado convenientemente sus aristas totalitarias.

Esto no es malo. Recordemos los temores con que vino precedida la legalización del PCE, bajo el gobierno de Suárez, y cómo este partido, ya en la superficie, no tardó nada en demostrar su inconsistencia. Del mismo modo, y aunque todos los demás hubieran preferido no ver a Gysi (SPD) y a otros tales, en el Bundestag, ahora van a ignorarles desde la derecha a la izquierda. Muy poco queda en el PDS del bagaje ideológico comunista. Lo más a que puede aspirar es a actuar como gestor de descontentos. Pero ahí está, para quien desee enrolarse en esa causa perdida.

Perdida porque en los análisis de la naturaleza de sus votantes se advierte que el estrato del que se ha nutrido está

formado predominantemente por el antiguo y desposeído funcionariado de la RDA, que es un grupo a extinguir.

3. Los **extremismos** radicales tienden a debilitarse una vez pasado su primer furor.

Ha habido un momento —hará unos cuatro años— en que la emergencia y rápido crecimiento de los «Republikaner» (neonazis) hizo temer un salto atrás en la conciencia democrática de los alemanes. Pero habiendo llegado en las elecciones gnerales a un 2,1 por 100 de los votos, ahora han retrocedido ligeramente, hasta el 1,9 por 100. Tocan, pues, su techo. Tampoco es malo que la ideología nazi, en otro tiempo tan nefasta, muestre su desnudez ante las gentes en su justa y mínima magnitud, muy lejana en cualquier caso de la posibilidad de acceder al Bundestag.

Con cierta analogía, la coalición «verde», que se presentó hace unos diez años pisando fuerte con un radicalismo de confusas orientaciones, sigue presente, pero muy domesticada, con sus 51 diputados. Pero sus violentas luchas internas pro y contra su propio idealismo, le han impedido hasta el momento «romper» en la sociedad que mira al futuro, mediante un proyecto que hoy día parece debería resultar atractivo.

4. La capacidad de convocatoria y de impacto de **los líderes** está en razón inversa de la definición ideológica de sus programas. La personalidad de Helmut Kohl, nacida a la cúspide política alemana en un momento de floja identidad ideológica del SPD y el FDP, se ha ido consolidando gracias a su intuición política, pese a la crisis económica y las generalidades programáticas del CDU-CSU.

Correlativamente, el SPD no ha logrado encontrar con Rudolf Scharping, una figura que arrastre como Willy Brandt o el mismo Helmut Schmidt. Vogel, Rau, Lafontaine, Engholm, con sus fuertes limitaciones, han contribuido a debilitar la confianza del SPD en sí mismo.

CAYERON las ideologías. Los programas de gobierno se han ido acercando en los partidos principales. No queda más, por tanto, que la fuerza personal

de los líderes, entre los que se decide la lucha. Es, pues, el momento de reconocer que el masivo físico de Helmut Kohl ha ido configurando a lo largo de doce años su fisonomía política: estabilidad, tesón, seguridad, que ha logrado transmitir a los electores. Kohl, que es ya un largo trecho de historia de la República Federal Alemana, quedará en los libros como el hombre que logró reunificar Alemania en un momento insospechado de genio e intuición política. Las lagunas y errores que este proceso ha tenido no han llegado a empalidecer su gloria ni han erosionado gravemente sus virtudes políticas de hombre medio y gris.

*Y 5. Una nación tan fuerte como Alemania ha sufrido las consecuencias del «shock» del 89 en numerosos flancos de su sociedad, que se apoya en la fuerte moneda, pero no sólo en ella. Estas elecciones generales tienen la virtud de valorar y contrastar el **estado global** de una sociedad avanzada. Para su toma de conciencia y también del resto del mundo occidental, tiene que reconocer que el dinero no lo es todo. Que los problemas humanos —desempleo, desilusión— necesitan algo más que subsidios económicos. Y que, finalmente, las pasiones —arrogancia de un lado («Wessis»), envidia y resentimiento del otro («Ossis») — caen fuera del control político y sólo se curarán con el advenimiento de una nueva generación.*